

Ocio productivo: cuando el tiempo libre no es tiempo vacío

Por Luciano Sillitti

Desde hace años, habida cuenta de las profundas y diversas modificaciones que atravesó el trabajo asalariado, que lo tornarían irreconocible si se lo mirara desde el viejo prisma del siglo XIX o comienzos del siglo XX, distintos filósofos y pensadores presagian el fin del trabajo como una de las características más trascendentes de las sociedades de este nuevo siglo que recién comienza.

Sin embargo, el hecho de que en la actualidad el trabajo no se caracterice precisamente por ser estable ni para toda la vida no debería llevarnos a la temeraria predicción en la que han caído aquellos desprevenidos que sostienen que en un futuro viviremos en una sociedad en la cual no existirá el trabajo; de hecho, el trabajo en el sentido filosófico, de transformación de la naturaleza, de realización de uno mismo, de producción de cosas a través del uso de la fuerza física y del intelecto existirá siempre.

En rigor, de lo que estaríamos hablando sería de los estertores del trabajo asalariado como tal. Es que hoy en día, producto de los avances tecnológicos y de la evolución asimétrica entre capital constante y capital variable descrita por **Karl Marx**, la principal característica de la mayoría de las sociedades, salvo honrosas excepciones, es su elevado nivel de desempleo.

Como bien sostiene en su obra **“Miserias del presente, riqueza de lo posible”** el filósofo francés **André Gorz** **“se ha instalado un nuevo sistema que tiende a abolir masivamente el “trabajo”**. Restaura las peores formas de dominación, de servidumbre, de explotación, al obligar a todos a luchar contra todos para obtener ese “trabajo” que se ha abolido”.

Ahora bien, ¿hay que lamentar la extinción de la vieja y esclavizante forma de trabajo? o, como sostiene el mismo autor **“hay que atreverse a romper con esta sociedad que muere y que no nacerá más”?**

Desde este punto de vista, la desaparición del trabajo bajo su acepción capitalista debe ser celebrada y se tiene que dar paso a nuevas formas de actividad humanas, que no consistan en la explotación y en la alienación del hombre. Estaríamos, en términos del pensador italiano marxista **Antonio Gramsci**, en ese momento en que la sociedad vieja no termina de morir y la nueva no termina de nacer.

Un primer paso para enfrentar la cuestión sería repensar el concepto de trabajo. Como bien lo señalaba la filósofa francesa **Dominique Méda** el trabajo no siempre ha sido el único medio de desarrollo personal ni de relación social de los seres humanos. Por el contrario, el concepto de trabajo tal como nosotros lo conocemos es un producto histórico; en este sentido, Méda nos recuerda que el concepto de trabajo como “libertad creadora”, mediante el cual el hombre puede transformar sus condiciones de vida, surge con fuerza a comienzos del siglo XIX, época que no por casualidad coincide con el momento del ascenso de la burguesía.

Si bien es cierto que la sociedad moderna se caracteriza, entre otras cuestiones, por el hecho de que el trabajo ocupa un lugar central, esto no significa que el trabajo sea

el principal fundamento del nexo social; por el contrario, como sostiene **Hannah Arendt** en **“La condición humana”**, éste último es de naturaleza política.

En este sentido, Arendt, en una clara muestra de influencia aristotélica, distingue tres actividades del ser humano: Labor, Trabajo y Acción; la Labor agrupa a todas aquellas acciones vinculadas al proceso biológico, a satisfacer las necesidades vitales; Trabajo es la actividad orientada a reproducir aquellos objetos materiales que permitirán la subsistencia de las futuras generaciones; por último, Acción es la actividad más trascendente, la única que se da sin mediación entre los seres humanos y requiere de la presencia de otros, es decir que se da en la pluralidad. Obviamente, Arendt no considera a la política desde una perspectiva institucionalista, formal, sino desde un punto de vista totalmente diferente, concibiendo a la política como creadora de sentido y significado.

En todo caso, lo que nos importa destacar aquí es el papel secundario que le asigna Arendt al trabajo en sentido estricto.

Este diagnóstico coincide con el de Gorz, para quien es indispensable que el concepto de trabajo instalado por el capitalismo sea desplazado por uno más abarcativo y profundo. En este sentido, el trabajo no debería ser pensado como algo que hoy tenemos y que mañana podemos perder, sino como todo aquello que hacemos.

Pero el filósofo francés va más allá: sostiene que en el capitalismo, el trabajo, mediante la homologación de las competencias y de los procedimientos, **“es un poderoso medio de socialización, de normalización, de estandarización, que reprime o limita la invención, la creación, la autodeterminación”**.

Es decir, el trabajo mecanizado y sin sentido al que se ven sometidos quienes tienen la suerte de poseerlo sería un obstáculo para otras actividades mucho más enriquecedoras espiritualmente.

Otro de los aspectos fundamentales del problema consiste en resaltar las diferencias que existen entre el ocio y la pereza. Por lo general, remitiéndonos a **Gramsci**, el **“sentido común”**, (entendido como la “concepción del mundo” de la clase hegemónica), no casualmente, relaciona ambos términos como si fueran sinónimos; y en rigor son palabras casi opuestas; mientras el ocio puede ser creativo y productivo, la pereza es improductiva e inactiva por definición.

Incluso, en la Grecia antigua, el ocio y el tiempo libre eran condimentos indispensables para lograr el bien máspreciado, la mejor manera de vivir según Platón y Aristóteles: la vida contemplativa, la vida dedicada al pensamiento. Pero, el problema era que esta vida contemplativa no era para todos; era exclusivamente para los sabios, para los filósofos.

De todas formas, lo que interesa aquí resaltar es que esa vida contemplativa no consistía en “no hacer nada”, sino, precisamente, en dedicar el tiempo a aquello que los griegos consideraban como la actividad más elevada, bella y profunda que podía realizar el hombre: pensar, esto es utilizar su condición máspreciada y la que lo distingue de los animales: su racionalidad.

Ahora bien, ¿Puede ser el ocio creativo y productivo? Por otro lado, ¿El término ocio-productivo no es un oxímoron, una contradicción? El tiempo de inspiración de que se

vale un poeta, un escritor, un músico para crear un cuento, una metáfora, o una nota musical, ¿es parte del ocio productivo?

Consideramos que el término ocio-productivo no es una contradicción en tanto y en cuanto por el mismo se entienda una actividad humana física e intelectual que derive en algún tipo de creación, no meramente mercantil. Esto es, en la creación o elaboración de algo. Que ese "algo" sea un cuadro, una poesía o una canción y que a su vez éstos luego sean comercializados, no implicaría que no sean productos del ocio.

Es ocio porque no está estructurado en una forma y en un tiempo de trabajo abstracto y formal, y es productivo porque ese "tiempo libre" es aprovechado por el hombre para desplegar su actividad creadora, de la cual "surge" algo.

Pero lo que nos interesa dejar en claro es que el tiempo del ocio productivo es precisamente activo; durante este período la persona "hace" algo con su tiempo.

En este sentido, habría que diferenciar, también, entre "tiempo libre" y "tiempo vacío". Esto es, el disponer de tiempo libre no implica que durante ese tiempo la persona no haga nada. El capitalismo occidental trastocó el sentido del tiempo libre en tiempo vacío, tiempo inactivo. De allí la angustia y la frustración ante la sensación de que no hay nada para hacer. Y precisamente, esa visión es la que hay que cambiar para poder aprovechar el tiempo de que disponemos para hacer aquellas actividades que nos satisfacen.

Al respecto, en "El avance de la insignificancia" (Eudeba, 1997); el filósofo griego **Cornelius Castoriadis**, señalaba que ***"la experiencia de la libertad se vuelve insostenible en la medida en que no se logra hacer nada con esa libertad. ¿Por qué queremos la libertad? La queremos, ciertamente, por ella misma; pero también para poder hacer cosas. Si no se puede, si no se quiere hacer nada, esa libertad se convierte en la figura del vacío"***.

Estas reflexiones acerca del ocio productivo podrían pasar por una mera cuestión teórica o filosófica. Sin embargo, en la Argentina actual, con elevados índices de desocupación y precarización laboral, producto no sólo de la crisis económica que atraviesa el país, sino, como se dijo anteriormente, de las características del mundo laboral en esta etapa del desarrollo capitalista (trabajo inestable, fragmentado, con una fuerte tendencia a la reducción del capital variable concomitantemente con un aumento del capital constante), es cada vez más la gente que dispone de tiempo "libre".

Ahora bien, ese "tiempo libre" también puede ser creativo y productivo. Puede ser utilizado para realizar diversas actividades que gratifiquen a una persona desde un punto de vista espiritual, humano y artístico.

La clave está en no desperdiciar ese tiempo libre en no hacer nada. Esto se debe a que no estamos acostumbrados a disponer de tiempo. Entonces, cuando lo tenemos, simplemente no sabemos qué hacer con él. Parece como si necesitáramos de una estructura que nos obligue a realizar determinadas actividades en determinados horarios.

Por eso, un primer paso para modificar esta inacción sería animarse a aprovechar el tiempo de que disponemos para realizar aquellas actividades que nos satisfagan.